

Pioneros

Estaba llegando la primavera. A Nagas le encantaba esa época del año, por fin podía pasar más tiempo jugando con sus amigos en la calle. Era temprano y aún estaba en la cama, pero le habían despertado los ruidos de la naturaleza al desperezarse. Ese día tenía colegio, y repasó mentalmente lo que le esperaba. Estaba algo nervioso, pero a la vez le invadía el orgullo. En clase de Historia estaban estudiando la carrera espacial, y él iba a hablar de su abuelo, uno de los primeros en pisar la luna. Su madre, una científica que trabajaba en el centro de astrobiología, le había ayudado a recopilar toda la información: los periódicos, los detalles técnicos, las fotos familiares, las anécdotas ...

De pronto, un fregonazo inundó la habitación. Se oyó un estruendo terrible. El suelo tembló, y Nagas se escondió dentro de la cama, esperando que las sábanas lo protegieran de quien sabe qué. Después, todo quedó en calma.

Nagas no se atrevía a salir de entre las sábanas. Pronto escuchó la conversación de sus padres. “¿Qué ha sido eso?”. “Ha habido una explosión”. “Quizá otro impacto”. Se incorporó y bajó rápidamente a reunirse con ellos. Abrieron la puerta del jardín y encontraron una escena inesperada. A lo lejos, en la colina, se veía objeto humeante. Su madre entró rápidamente en casa. Cogió el teléfono y llamó a su oficina. “Sí, también lo hemos oído. Es increíble, cada vez es más frecuente. Este ha caído aquí cerca. Moviliza al equipo de meteoritos ya. Que vayan hasta el lugar del impacto”.

Al cabo de una hora, la colina y los alrededores estaban llenos de vehículos y personas. Todo el mundo hablaba muy acaloradamente, y se movía de acá para allá. La zona se había acordonado para mantener alejados a los curiosos. Desde hacía unos veinte años, estos sucesos ocurrían cada vez con más frecuencia. Rara era la semana en que no había un impacto importante en algún lugar del planeta. Por todo el mundo se habían establecido centros para el estudio del fenómeno, que intentaban, sobre todo, detectar los impactos con la máxima antelación posible.

Nagas se había acercado al lugar del impacto. Aunque no era la primera vez que veía algo así. Hacía un par de años, había caído otro allí mismo, en su ciudad. Pero esto... le parecía diferente. Aquel amasijo humeante no tenía la misma pinta que otros meteoritos. Y su madre tenía una expresión extraña. Más de emoción que de preocupación. Esperó, hasta que tuvo que irse al colegio. Se quedó con ganas de saber más, pero tendría que aguantar. Por lo menos, hasta la hora de cenar.

El día pasó muy lento para Nagas. Y para colmo, habían retrasado su presentación en la clase de Historia al día siguiente. Todo el mundo estaba tan excitado con el evento de la mañana, que decidieron hacer un día especial y dedicarlo al fenómeno de los meteoritos. Muy interesante, pero Nagas ya no aguantaba más. Necesitaba ver a su madre y que le pusiera al día.

Volvió a casa después del colegio, pero su madre no había llegado aún. Pasó la tarde, llegó la noche, y su madre seguía sin aparecer. Su papá le dijo “Tranquilo, ve a la cama. En cuanto llegue, le pediré que suba tu habitación.”

¡Por fin llegó! Nagas estaba muy despierto, era imposible dormir. Entró su madre. Enseguida notó que no estaba normal. Tenía un brillo especial en los ojos, y una sonrisa de oreja a oreja. Aquello era muy raro. “Nagas, lo que te voy a contar es una primicia. Pronto estará en todas las noticias y todo el mundo hablará de ello”. Tomó aire. “Lo que ha caído hoy no ha sido un objeto rocoso”. “Entonces, ¿qué ha sido?”. “Pues, algo que llevo esperando toda la vida. El sueño de cualquier astrobióloga. ¡La prueba de que hay vida inteligente en otro lugar del universo! Hemos analizado el objeto. Parece una pequeña sonda. ¡Dentro contenía algo! Una especie mensaje.” Nagas no se aguantaba de la emoción “Pero ¡¡¿qué mensaje?!”. Su madre hizo una pausa para dar la noticia final. “Una placa metálica con unas grabaciones. Está algo deteriorada, pero se observa claramente un dibujo de unos seres de otro mundo. Y un mensaje que parece decirnos que la sonda proviene del tercer planeta de otro sistema solar”.

¡Aquello era increíble! Y todos pensando que era un meteorito más. Nagas se contagió de la alegría de su madre. Y así se durmió, bajo la luz de las 3 lunas: la Gran Luna, la que había pisado su abuelo en el año 3055, la Luna Mediana, que estaba en cuarto creciente aquella noche, y la Luna Menor, que asomaba por el horizonte del planeta Lur.

I.E.S 1979